

## LA RELACIÓN CON EL OTRO EN LA INVESTIGACIÓN EDUCATIVA

Adriana Piedad García Herrera

Maestra en Ciencias, Catedrática de la B. y C. Escuela Normal de Jalisco.  
adriana\_piedad@hotmail.com

Recepción: 27 de Mayo de 2011  
Aceptación: 17 de Junio de 2011

### Resumen

Algunas de las preguntas que se abordan en el presente artículo se refieren a la relación con el otro en la investigación educativa ¿cómo se establece un encuentro con el otro en el trabajo de campo?, ¿cómo se prepara?, ¿qué habilidades demanda del investigador? Desde la investigación cualitativa y siguiendo muy de cerca los planteamientos de Jesús Galindo se exploran algunas respuestas a estas preguntas para desarrollar el oficio de la mirada y comprender al otro. Convertir la relación uno a uno en un nosotros entre el investigador y el informante no es un asunto técnico, es entrar en la intimidad del otro y utilizar algunas claves y estrategias para favorecer esa relación, Bourdieu y Wacquant lo hacen desde una Antropología Reflexiva, Alicia Corvalán desde la mirada institucionalista, y Rodríguez y De Keijzer desde el trabajo etnográfico, todas estas miradas se conjugan en el presente artículo para enriquecer y orientar esa posibilidad de contacto con el otro.

La relación con el otro en la investigación educativa es un contacto que tarde que temprano se establece al hacer el trabajo de campo ¿cómo se hace?, ¿cómo se prepara?, ¿qué habilidades demanda del investigador? Desde un paradigma interpretativo de la investigación cualitativa, cuyo propósito es la comprensión (Verstehen) del fenómeno, el informante se concibe como sujeto en la investigación y no como objeto, pero, para que en la realidad esto suceda, se tiene que producir un acercamiento al otro que convierta esa relación en un nosotros entre el investigador y el informante, que va más allá del asunto técnico y del encuentro cara a cara.

La idea del presente trabajo surgió de la lectura de un pasaje del texto de Jesús Galindo que dice: “El investigador agudiza la concentración en su mundo interior para observar, y entonces inicia el viaje al mundo del otro, un trayecto que es interior, de lo observado a los paisajes y situaciones propios, y entonces se produce el milagro, el otro empieza a ser comprendido” (Galindo, 1998, p. 347), por la dificultad que representa producir ese milagro al establecer contacto con los informantes en la investigación. El encuentro con el otro no se da espontáneamente porque se conocen y comparten tiempo juntos, se da gracias a la intención de producirlo, de la sensibilidad del investigador para verlo como sujeto, como ser humano en sus afectos, sus logros, sus necesidades, sus temores y sus desesperanzas; pero también por la disciplina del investigador y su rigor metodológico, que no rigidez.

Para iniciar el recorrido hacia la relación con el otro es importante reconocer la concepción que se tiene del sujeto en la investigación, sólo con la posibilidad de verlo como sujeto, y no como objeto, se transitará a la relación sujeto-sujeto. Como persona inserta en el mundo social, el sujeto es portador de la memoria colectiva, porque no es sólo él en este momento, su historia individual ha definido también la historia social: “Recuperar memorias colectivas que definen identidades sociales” (Corvalán, 1998, p. 42). La memoria

que el sujeto tenga de su vida muestra su construcción, el relato del pasado en el presente permite comprenderlo, permite saber cómo es y por qué es como es, pero a su vez comprender por qué es así el grupo social en el que está inserto. El individuo particular es uno en el todo, y el todo está formado por las presencias individuales: “Todo elemento objetivo de la vida social es producto de la subjetividad social, y ésta, a su vez, es producto de la impresión en ella de la objetividad. Objetividad y subjetividad sociales son parte de un mismo proceso de composición social” (Galindo, 1998, p. 362).

Sin embargo, en el proceso de la investigación se tiene que particularizar al sujeto, percibirlo como un caso particular y descubrir “mediante la aplicación de preguntas generales, los rasgos invariantes que pueda ocultar bajo la apariencia de singularidad” (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 174). El sujeto de la investigación se convierte en un individuo con el que se establece una relación, en términos más formales, se selecciona como informante clave del conjunto de individuos que conforman ese entramado social. Junto con él, el investigador recorre la historia individual y construye la historia colectiva: “Este recordar se constituye en un articulador principal entre la subjetividad y la intersubjetividad grupal de la vida organizacional” (Corvalán, 1998, p. 42). El informante clave es quien muestra la historia, pero tiene una forma particular también de relacionarse con ella, como se señala en el estudio de Rodríguez y De Keijzer (2002, p.31): “Una de las principales dificultades del estudio fue lograr que algunos informantes hablaran sobre el noviazgo y la sexualidad; definitivamente hay personas que no quieren hablar de ello y menos con detalles. En este aspecto las personalidad son determinantes”.

Así pues, concebir al objeto de la investigación como sujeto es construir la historia desde abajo, desde la visión de los protagonistas, desde la reconstrucción de sus recuerdos: “Hacer memoria de lo acontecido está relacionado con la capacidad de historizarse”

(Corvalán, 1998, p. 59), tanto el sujeto de la investigación como el propio investigador para transitar hacia el nosotros.

El emergente nosotros surge de la transformación de la relación sujeto-objeto a sujeto-sujeto, pero ese cambio sólo es propiciado por el investigador, su concepción del sujeto y la sensibilidad para establecer una relación entre ambos: “Si el etnógrafo va al encuentro del otro, también es cierto que al buscarlo ya tiene una idea de él. Esa idea es un prejuicio que debe transformarse, llenarse del mundo y del sentido del sujeto investigado” (Galindo, 1998, p. 353). Construir la realidad desde un enfoque interpretativo implica poner en juego los valores del investigador, sólo así será posible establecer la relación con el otro. La subjetividad del investigador se incorpora también con su concepción del sujeto y sus creencias acerca de la situación que estudia, el acercamiento hacia el sujeto “exige transformar la relación del investigador y su objeto de estudio, tanto como los métodos de indagación [...] Como sujeto ubicado, también el investigador observa desde un ángulo particular el fenómeno estudiado” (Rodríguez y De Keijzer, 2002, p. 39). El encuentro con el otro cuestiona las creencias y concepciones del investigador, el acercamiento entre ambos implica construir una nueva relación en donde el investigador transita hacia el mundo del otro y modifica a la vez su propio mundo: “Al instituirme como observador de un juego en el que seguía participando, me obligaba a reconsiderar mi postura” (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 192).

En el encuentro el investigador empieza a vivir la vida del otro, el otro lo permite porque el investigador se lo ha ganado a fuerza de sensibilidad, paciencia, tiempo, compromiso, confianza y más, que el otro ve y siente, ambos se acercan, se conocen, se comprenden “y de ahí todo es ganancia, riqueza complementaria” (Galindo, 1998, p. 354). El investigador se acerca a la comunidad, a la institución o al grupo estudiado con curiosidad y con algunas ideas de lo que le interesa estudiar, los observa desde fuera con un propósito

muy claro, entrar en su mundo; prepara el encuentro, lo va trazando en cada visita que realiza, el otro es aún objeto “pero cuando el investigador entra en contacto con el actor social en el paso etnográfico, la situación cambia, el objeto se reconoce ya como sujeto, expresa su punto de vista e interpela al investigador” (Galindo, 1998, p. 360). El institucionalista también se acerca, procura la coincidencia con el otro, el encuentro trasciende las aproximaciones sucesivas del investigador, se va construyendo poco a poco porque pretende penetrar el presente y ponerse en contacto con el pasado y la vida institucional, el investigador “propone activamente hablar, poner palabras al pasado y al presente en relación con las circunstancias vividas, configurando un tiempo en movimiento tras la búsqueda y el encuentro, siempre relativo pero eficaz, de la verdad histórica” (Corvalán, 1998, p. 46).

Pero el encuentro va más allá, abre la puerta para entrar a lo oculto del otro, crea la condición para la entrevista a profundidad, para la historia de vida, para el tránsito interno hacia el otro: “la relación es de sujeto-sujeto-objeto, el objeto es la vida social, la historia de la vida individual y social [...]. De lo que se trata es que, al final el informante sea parte de la red de relaciones sociales del investigador y que el investigador sea parte de la red del informante” (Galindo, 1998, p. 361). Pero ese tránsito interno abre caminos insospechados en el encuentro, trae a la memoria eventos para recordar y expresar, y lucha con aquellos que quieren emerger pero causan dolor y pena: “La historia de los pueblos requiere de un recorrido vital –vital es la memoria– que transite por el recordar las historias vividas con placer y con sufrimiento en las instituciones” (Corvalán, 1998, p. 49).

La realidad es ahora una fusión entre el dentro y el fuera, entre el pasado y el presente, entre el tú-yo y el nosotros, es “una configuración interior y exterior simultánea [...] Cuando la certidumbre de la distancia y separación del dentro y fuera se derrumba. En

ese momento adquiere otro rostro y proyección” (Galindo, 1998, p. 355), se ha producido el encuentro, el otro no volverá a ser el mismo y el investigador tampoco.

El investigador tendrá una nueva identidad, más rica, pero ese resultado no es espontáneo, se logra con oficio, el oficio de investigar. El investigador se involucra en la situación que, a la vez, remueve su mundo interno, el diario de campo es un recurso fundamental de reflexión y indagación profunda: “porque la exploración no sólo es del mundo del otro, sino del propio mundo interno tocado por lo que le es ajeno” (Galindo, 1998, p. 357). La elaboración del diario es un momento íntimo de reflexión y reconstrucción “en privado y en soledad” (Galindo, 1998, p. 357) o “en forma conjunta cada noche en las visitas a la comunidad” (Rodríguez y De Keijzer, 2002, p. 25). La implicación del investigador y el análisis concomitante serán parte del trabajo que el propio equipo profesional deberá efectuar en el dispositivo obrador de memoria, que “se instala para rescatar los recuerdos de su propia formación profesional y sus propias raíces vocacionales marcadas por las instituciones sociales” (Corvalán, 1998, p. 69).

El análisis de la implicación personal y la disciplina permiten al investigador concebir al sujeto como realmente es y “sumergirse por completo en la particularidad del caso estudiado sin ahogarse” (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 174). La objetivación objetiva tiene el propósito de comunicar “el desfase existente entre la verdad objetiva y la verdad experimentada de aquello que uno es y hace” (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 192). Entender al otro como es, coloca al investigador en un proceso de construcción de sentido de una realidad que en un principio le era desconocida y que poco a poco lo sumerge hasta tocar sus fibras más íntimas, lo transporta por un viaje analítico de identificación de sentido al que no es posible acceder a simple vista.

El asombro y el extrañamiento, el descubrimiento de la novedad, el encuentro con los sentidos insospechados, la sensibilidad para dejarse maravillar, permiten al investigador identificar los “hilos invisibles del misterio de lo visible” (Galindo, 1998, p. 348) para la comprensión del otro. Lo visible para él no es un simple objeto insignificante, es un objeto científico gracias al poder de un método de pensamiento: “Se trata de aprehender una realidad oculta que sólo se revela encubriéndose, que no se deja ver sino bajo la forma anecdótica de las interacciones en las cuales se disimula” (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 193). Mediante la historia oral y la entrevista psicológica se puede acceder al conocimiento de lo invisible, a lo profundo de la vivencia que se oculta porque es doloroso recordar, así el institucionalista se propone “hacer consciente lo que estando a la vista se hacía invisible, por miedo a recordar los sufrimientos vividos” (Corvalán, 1998, p. 46). En la experiencia concreta de Rodríguez y De Keijzer (2002, p. 15) se expresa en la posibilidad de “conocer y comprender los procesos de penetración de elementos culturales ajenos al cortejo, así como la creación, recreación y reproducción de pautas sexuales en combinación con la cultura local”.

Sin duda, la posibilidad de conocer y comprender al otro, que permita al investigador transitar hacia el nosotros, no es un asunto técnico solamente, si así fuera, bastaría con concertar un encuentro y proceder con la recolección de la información. Por el contrario, ese encuentro requiere un “largo periodo de permanencia en campo [...ya que] el tiempo es el elemento básico de la etnografía” (Galindo, 1998, p. 353) y el único camino hacia la construcción del nosotros. El acercamiento con el sujeto se produce poco a poco, se va conociendo lo visible y se empieza a organizar con mayor rigor la profundización del encuentro, el tránsito hacia las profundidades de lo invisible. En la experiencia de Rodríguez y De Keijzer, (2002, p. 15) el trabajo de campo se desarrolló durante año y medio: “consistente en observación participante en 29 visitas comunitarias

cada diez días (con una duración de dos a tres días cada una), sesiones de discusión con jóvenes de ambos sexos (estudiantes y no escolarizados), y entrevistas individuales a jóvenes, a sus padres y madres, así como sus abuelos; [...] además testimonios de las maestras de la telesecundaria, la promotora de salud, el cura y algunas de las principales autoridades y líderes”.

El primer contacto es producto de una exploración previa, ya se conoce algo del objeto de estudio y se allana el camino hacia el encuentro con el otro. La exploración de la composición social privada prepara el camino hacia el contacto más interno de la ruta de vida sólo de algunos informantes, de tal manera que con la indagación previa, no sólo se obtiene información, sino que se sensibiliza para el encuentro. El acercamiento con el otro se va puliendo en la medida en que se avanza también en la construcción teórica, en el caso de Rodríguez y De Keijzer (2002) la matriz de datos básicos fue puliéndose con el avance del trabajo. De manera similar, en el análisis institucional “el institucionalista realiza dos tipos de rastreo, sobre la base de: a) los documentos fundacionales y actuales reglamentos, estatutos, etc.; y b) los testimonios orales de los integrantes de la organización” (Corvalán, 1998, p. 59).

La gradualidad en el acercamiento es un elemento de la sensibilidad del investigador que identifica los mejores momentos para el tránsito hacia un encuentro más profundo: “En las primeras visitas las preguntas eran muy abiertas [...] poco a poco, conforme el acercamiento avanzó, se fue preguntando en reuniones informales sobre el cortejo y sobre el noviazgo” (Rodríguez y De Keijzer, 2002, p. 26). Sólo después de tres meses de realizar las visitas a la comunidad iniciaron con las entrevistas individuales grabadas con la generación de los padres y los abuelos, y fue hasta después de siete meses de reuniones periódicas con los jóvenes, que empezaron con las entrevistas individuales de la generación en estudio.



Así, se produce el encuentro, la comunicación entre la subjetividad del investigador y el informante que se ha convertido en un sujeto más en la investigación: “es un analista de sí mismo, comenta, critica, enjuicia. Los sucesos clave de su vida son analizados por el propio actor en colaboración con el investigador [...], pasa de ser un respondedor de preguntas a un analista de propia vida, a un investigador de su propia historia, de la historia que le ha tocado vivir” (Galindo, 1998, p. 372). De manera similar, en el análisis institucional, la reconstrucción de la vida institucional permite justificar la exploración “apoyándonos en el reconocimiento del método oral para recoger historias cotidianas” (Corvalán, 1998, p. 53). La estrategia es pues, asunto de sensibilidad y experticia del investigador para conocer y comprender al otro y, por medio de esto, a la institución o grupo social del cual forma parte.

Finalmente, la construcción del nosotros también es una construcción colectiva de los productos de los encuentros con los informantes, el oficio del investigador adquiere doble forma: “por una parte el desarrollo de la capacidad de lectura, de impresión del mundo exterior en el interior y, por otra, la fuerza expresiva y el dominio de sus formas, en la exteriorización textual de lo configurado sobre la impresión” (Galindo, 1998, p. 351). Se escribe la historia y se pone a disposición del informante, la lectura analítica del material se presenta al informante para su comentario y ajuste, así el texto escrito se convierte en un mediador fundamental de la construcción del nosotros: “el rol del entrevistado sufre su transformación más importante, se convierte definitivamente en analista de sí mismo, en investigador de su propia vida, de su propia historia y, con ello, de la vida y la historia de su generación, de su clase social, de su época y de la historia de su región y del país entero” (Galindo, 1998, p. 375), si esto sucede, los objetivos de la investigación se han cumplido.

En otras palabras: “la cúspide del arte es, desde luego, el ser capaz de hacer apuestas llamadas «teóricas» muy importantes

sobre objetos «empíricos» bien precisos y, en apariencia, menores e incluso irrisorios” (Bourdieu y Wacquant, 1995, p. 163), de tal manera que, identificar el objeto científico de la investigación, de todos los objetos a la vista, para enriquecer el conocimiento y comprensión del mundo, es lo que le da sentido al oficio del investigador y al proceso de investigación, es un reto para el que es necesario formarse no sólo en el conocimiento del rigor metodológico, sino en cultivar la sensibilidad hacia el otro.

## **Bibliografía**

- Bourdieu, P. y L. J. D. Wacquant. (1995). *Respuestas por una Antropología Reflexiva*. Grijalbo (Sociología): México.
- Corvalán de Mezzano, A. (1998). Recuerdos personales-Memorias institucionales: hacia una metodología de indagación histórico-institucional. En Butelman, I. (Comp.). *Pensando las instituciones. Sobre teorías y prácticas en educación*. Paidós (Grupos e instituciones), pp. 40-76.
- Galindo Cáceres, L. J. (1998). Etnografía. El oficio de la mirada y el sentido. En L. J. Galindo (Coord.). *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. Pearson (Educación), pp. 347-383: México.
- Rodríguez, G. y B. de Keijzer. (2002). *La noche se hizo para los hombres. Sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinos y campesinas*. Edamex: México.